

y las angustias de la Reina de los mártires, pudimos germinar y florecer. ¡Ah! yo siento resonar en mi alma los himnos de los Profetas, cuando á la consideracion de nuestra dicha invitaban á saltar de gozo á las verdes colinas de Engaddi, y llamaban para entonar himnos de júbilo á la misma soledad y al desierto. Yo quiero tambien repetir aquellas palabras, y arrobado en éxtasis de felicidad y júbilo, quiero aclamar á Aquella, que habiendo recibido en premio de sus dolores la gloria del Libano, la belleza del Carmelo y la hermosura del Saron, exclama: *Secundum multitudinem dolorum meorum in corde meo, consolationes tuæ lætificaverunt animam meam.*

Perdonad, hermanos míos, si en el día de los dolores de María, he dado lugar á expansiones de alegría, pues lo he hecho porque aquellos dolores fueron la causa de nuestro bien. ¿Qué sería de nosotros, si no correspondiésemos dignamente á una Madre que tanto nos ama y sufrió tanto por nuestro amor? ¡Ay! avergoncémonos de nuestra dureza, de nuestra ingratitud, y arrepintámonos de aquellas culpas, con las cuales, ofendiendo á Jesús, acrecentamos su inmenso dolor. Ofrezcámonos á Ella con firme propósito de amarla, de seguirla en sus padecimientos, de imitarla en sus virtudes, de no olvidar jamás sus gracias, para que contemplándola en los sufridos dolores al pié de la cruz, en los beneficios y en las misericordias que nos adquirió con tantos dolores, nos sea otorgado obrar nuestra santificacion en esta vida, y luego verla allá en los Cielos inmensamente glorificada sobre todos los Angeles y Santos.

TRÁNSITO Ó MUERTE DE MARÍA SANTÍSIMA.

*Requiem tibi dabit Dominus semper,
et implebit splendoribus animam tuam.*
El Señor te dará un perpétuo reposo, y
llenará tu alma de resplandores.
(ISAÍ. LVIII, 11.)

¿Con qué al fin, hermanos míos, murió ya nuestra amantísima Madre? ¿Con qué la muerte cortó el hilo precioso de aquella vida que era la delicia de la tierra? ¿Ya se eclipsaron aquellos ojos hermosos que prestaban luz y resplandor á las estrellas del firmamento? ¿Ya se cerraron en perpétuo silencio aquellos rosados labios que destilaban mirra purísima? ¿Ya enmudeció aquella boca graciosa que nunca pronunció sinó palabras de dulzura? Aquellas manos torneadas, aquellos piés de marfil y de alabastro, aquel cuerpo sagrario del Verbo eterno y seno castísimo de un Dios hombre, ¿han venido á parar en un sepulcro? ¿Con qué demostraciones de dolor expresaré mis sentimientos? ¡Oh tierra, oh prados, oh montes! vestíos de luto y de tristeza, pues que habeis perdido la mejor planta, la flor más bella, el árbol más florido, la oliva más espaciosa, el cedro incorruptible del Libano, la palma elevada de Cadés, el ciprés frondoso de Sion, la rosa fragante de Jericó, la azucena de los campos y el lirio de los valles.

Pero, ¿qué digo yo, hermanos míos? ¿Qué impulso ha movido mi lengua á pronunciar tristezas, á persuadir amarguras y llantos, á convocar á dolor todas las criaturas en un día que respira júbilo por todas partes? ¿Hemos de celebrar con negras bayetas y funesto ciprés uno de los días más festivos, más alegres, más plausibles, más augustos que conocieron los siglos? Nada ménos. La muerte de María no es motivo de luto y sentimiento, ni debe alterar el gozo á que nos convida la Iglesia. La muerte de María fué preciosísima y tan singular como su dignidad de Madre de Dios, que excede á todas las

demás grandezas criadas. En los demás misterios que celebramos de María santísima mézclase el gozo con la tristeza, el dolor con la consolacion; pero en éste todo es gozo, todo es alegría, todo es gloria.

Resuelto á hablaros exclusivamente de la muerte dichosísima de María, deseoso de vuestra edificacion y aprovechamiento espiritual, voy á presentárosla como la más preciosa, apetecible y admirable, para que conformando vuestra conducta con la suya, seais dignos de morir como Ella, y acompañarla alegres y gozosos á los eternos tabernáculos de la gloria. ¡Virgen santa! Concededme la gracia de hablar dignamente de los últimos instantes de vuestra santísima vida: alcanzadme un rayo de la luz que os iluminó en vuestro glorioso tránsito, miéntras os saludamos con el ángel: A. M.

La muerte es la pena del pecado; María, pues, al parecer, no debía morir. Todos sabeis que María fué la más pura, la más inocente, la más amante entre las criaturas. Colmada de dones, enriquecida de gracias, prevenida de bendiciones, llena de carismas, excedió en santidad á todos los justos de la antigua y nueva ley, y arrebató poderosamente la atencion de aquel gran Dios, que se complacía y deleitaba en las perfecciones de su amada. Bendita en la persona de Abrahán, sujeta á las órdenes del Cielo en la de Isaac, santificada en la de Jacob, hermoçada de luces y dones celestiales en la de Salomon, fué obra de un eterno consejo, un rayo de la divinidad, y el último esfuerzo del poder divino. Su concepcion fué purísima, su nacimiento santo, su vida irreprochable, sus pensamientos nobles, su espíritu ilustrado, su voluntad abrasada, su corazón encendido, su cuerpo perfecto, más bello que el sol y las estrellas, su alma sin mancilla. Llena de gracia en su concepcion, llena de gracia en su nacimiento, toda su vida fué la más inocente y limpia. Protegida por la diestra del Altísimo, dirigida por particular impulso del Espíritu Santo, no tuvo movimiento que no fuese para Dios; pensamiento ni deseo que no fuese para Dios; expresion, afecto ni cariño que no fuese para Dios. Considerada, pues, la muerte como pena del pecado, María no debía morir. ¿Por qué, pues, murió? Murió por imitar á su divino Hijo, que siendo inocentísimo y santo por esencia, se sujetó á morir para salvarnos y redimirnos. Murió para que nosotros no temiésemos la muerte viendo que murieron Jesús y María, sinó que la aguardásemos resignados en la voluntad divina, y nos condujésemos en ella según los ejemplos y doctrinas del Hijo del Altísimo y de su bendita Madre. Murió para que aprendiese por la experiencia á com-

padecerse de nosotros, y nos acompañase en los últimos instantes de la vida. Murió, en fin, para poder pasar de esta vida llena de miserias á la eterna en que abundan las delicias, las dichas y felicidades.

Pero, ningun dolor, ninguna afliccion, ninguna enfermedad corporal, ninguna agonía, ninguna congoja sintió en los últimos momentos esta Virgen prodigiosa. Había ya sufrido al pié de la cruz en que murió su santísimo Hijo todas las penas, dolores y aflicciones con que la atormentó la mano del Omnipotente, y en su última hora no debían ocuparla más que los gozos y consuelos que causan en las almas justas los méritos y virtudes, la vista de los premios prometidos por el dador de todo dón celestial. ¿Sabeis qué fué lo que la hizo morir? Fué el amor á su Dios, amor tan fuerte como la muerte. Tiempo había que la Madre más amante se hallaba ausente de su amabilísimo Hijo, y la Esposa más fina estaba privada del dulce trato y caricias del Esposo. La paloma triste daba quejidos al Cielo, sus ecos herian las bóvedas del Empíreo y lastimaban los oídos del Amado: padecía una sed intolerable, y una ardientísima fiebre consumía la médula de sus huesos. Pero ¡que fiebre! Era una calentura de amor que la hacía desfallecer y agonizar en la respiracion que exhalaba su pecho; las llamas del horno de Babilonia no subían tan altas como el incendio de su corazón amante. Si al Apóstol le era insufrible la vida, y deseaba con ansias desatarse y reinar con Cristo; ¿qué podré yo inferir de la Madre del amor por excelencia? Hijas de Jerusalén, exclamaba esta Esposa divina, si por ventura encontráreis á mi Amado decidle de mi parte que no vivo, que el amor me tiene consumida el alma y acabará con mi vida.

El Esposo se dió por entendido de estos lamentos, despachó del trono de su gloria un ángel comisionado, que anunciase á María la feliz nueva de su próximo tránsito al país de las delicias. Señora, le dijo el embajador que le había anunciado el misterio de la encarnacion del Verbo divino; Señora, el Altísimo que en otro tiempo me envió á anunciaros, que la segunda Persona de la Trinidad santísima bajaría del Cielo para hacerse hombre en vuestras purísimas entrañas, me envía ahora para anunciaros, que es su voluntad que subáis á la Corte celestial, y seais en ella la Emperatriz de las potestades angélicas, de todos los santos y escogidos. Os presento un ramo de palma; tomadlo en señal de las victorias y triunfos que habeis conseguido contra el Mundo, contra el Infierno y contra la Muerte. ¿Qué inteligencia criada podría comprender ni explicar los efectos

con que en esta ocasion se elevó esta Virgen prodigiosa hasta el trono de la Majestad inmensa cerca del que iba á fijar su morada? A la violencia del amor, el lazo que unía el alma con el cuerpo estaba á punto de desatarse. Pero ántes que espirára la purísima Virgen quiso el Salvador, que los apóstoles concurriesen de todas partes á prestar los últimos obsequios á su santísima Madre, y á recibir la bendicion de aquella Maestra universal del mundo y silla de la sabiduría eterna.

¡Qué lance tan tierno se me presenta en la última despedida de María! Lloraban inconsolables los discípulos de Jesús porque los dejaba solos. Los hijos de Jacob, cercando el lecho de su moribundo padre y pidiendo que los bendijese, no son más que una sombra de esta patética escena. Los apóstoles afligidos cercaban á la Virgen en torno, la suplicaban, la rogaban, la empeñaban á quedarse; le besaban las manos, y postrados á sus plantas, le manifestaban la necesidad de la Iglesia, y la compelian á dilatar la partida. En este momento se presentó Jesucristo con magnífico acompañamiento de celestiales cortesanos, y arrebatando todas las potencias y sentidos de su santísima Madre, la dijo con toda la amabilidad del Hijo de Dios:—Vén, amiga mía, paloma mía, hermosa mía; vén del Líbano, de esa tierra de penas y fatigas; vén de esos abismos de afliccion en que tantos dolores has sufrido; vén conmigo á la pátria del descanso eterno en que coronada de flores nos gocemos eternamente. Ya pasaron los días de invierno y de inclemencia, y ha llegado el verano florido de la gloria en que no se conocen las incomodidades.

Al oír esta voz del Hijo, la Madre contesta:—Hágase en mí tu santísima voluntad, Hijo y Dios mio; pues sabes que no tengo otra; y pronunciando estas palabras, salió su bendita alma de su purísimo cuerpo, confiado á los apóstoles y demás personas piadosas que la acompañaron en los últimos momentos de su peregrinacion. ¡Oh muerte envidiable! ¡Oh dulce sueño! Todo en este tránsito fué paz, todo dulzura, todo seguridad, todo consuelo. Los apóstoles acomodaron el sagrado cuerpo de la Virgen en unas andas cubriéndola de flores; dispusieron el acompañamiento más lucido, más grave, majestuoso y devoto que se ha visto en la tierra, y entonando himnos y cánticos de alabanza lo llevaron en hombros al campo de Getsemani, en donde le dieron la más honrosa sepultura. Los coros de los ángeles acudieron también á los funerales de María con sus músicas y cánticos celestiales, que se dejaron oír en los tres días siguientes al del entierro. Y para consolar á los hijos que dejaba en la tierra, y asegurarles que no les faltaría su proteccion, principió la Virgen á

obrar los más estupendos prodigios, sanando á los enfermos que acudían á Ella oprimidos y fatigados con diversas dolencias, manifestando de este modo, que si por su profunda humildad se abstuvo de obrar milagros miéntras vivió, estando en el Cielo, nos demostraría siempre que es la Madre de la gracia y de la misericordia; la Consoladora de los afligidos; el socorro de los necesitados; el auxilio de los cristianos; el faro luminoso, colocado por el Omnipotente al frente del mundo para iluminar á los que viven en las tinieblas del pecado, y atraerlos al puerto seguro de la gracia; y la panacea universal destinada á librarnos de todos los males y á colmarnos de todos los bienes.

El recuerdo de una muerte tan dichosa, tan dulce, tan santa como la de nuestra celestial Madre, nos obliga á exclamar: ¡Sea mi muerte preciosa á los ojos del Señor como lo es la de los justos! ¡Perciba mi alma, entre las turbaciones y dolores inseparables del último momento de la vida, alguna parte del gozo y tranquilidad que acompañó á la muerte de María! ¿Quién de vosotros no desea una muerte preciosa á los ojos del Señor? ¿Quién no suspira por verse libre en los últimos momentos de su vida, de los horrores y desesperaciones con que la divina justicia acostumbra atormentar en aquel terrible lance á los que han vivido libertina y escandalosamente? Pues conformad vuestra conducta con la de la Virgen santísima, y estad seguros que vuestra muerte será preciosa en los ojos del Señor. Prometernos una buena y dichosa muerte, y faltar á los deberes que nuestra santa Religion nos impone; esperar que moriremos con tranquilidad, sin los sustos, las ansiedades, congojas y terrores que por lo comun acompañan á la muerte de los pecadores, y dar rienda suelta á los apetitos que debemos mortificar; dar cada día nueva fuerza á los vínculos que deberíamos quebrantar, porque nos unen al pecado, y vivir sin acordarnos de Dios, de su gloria y de sus espantosos castigos, es querer alucinarnos miserablemente á nosotros mismos.

Imitemos, pues, á María: Ella no vivió un solo momento sin agrandar al Señor, sin servirle, sin hacer su voluntad santísima, y sin glorificarle. Vivamos también nosotros para Dios; domine en nosotros su amor, que destierre de nuestros corazones el amor de las cosas terrenas, de los vicios, de los vanos deseos, de las ocasiones de pecar, del mundo y de nosotros mismos. Vivamos con deseos de unirnos para siempre con Aquel que por nosotros derramó toda su sangre en el Calvario, y moriremos no solo sin temor sinó con gozo.

Hoy, Señora, es día de alegría en el Cielo, y lo es también de der-

ramar vuestras misericordia sobre los miserables que vivimos en este valle de lágrimas. Hoy es el día de vuestro triunfo, augusta Madre de Dios, y es la ocasion más favorable de empeñaros en favor nuestro. Interceded, pues, por nosotros, ¡Virgen inmaculada! testigo sois de los escollos que nos rodean; defendednos, pues, de los enemigos de nuestra salvacion. Haced que os amemos y sirvamos en esta vida, para que muramos en la amistad y gracia de Dios y os acompañemos en la gloria.

ASUNCION DE MARÍA.

DISCURSO I.

Posuit diadema in capite ejus.
Púsole en la cabeza la corona real.
(Esth. XI, 17.)

Bellas son todas las fiestas que celebra la Iglesia durante el año en honor de María. Es hermoso considerar á la augusta Mujer, que aparece heroica vencedora de la enemistad de los abismos desde las primeras auras de su concepcion inmaculada, aplasta la cabeza y humilla la soberbia del príncipe infernal. Tambien es bello contemplarla niña aún, superior al sexo, á los usos, á la opinion de todo un pueblo, correr al Templo casta, pura é inmaculada, y allí ofrecer su virginidad á Dios en la inocencia del corazon, en la caridad de los afectos, y en el santo fervor de tiernisimos sentimientos. Es bello observarla en Nazareth conversando con un arcángel, humillarse en su grandeza, condescender á la obra que se le anuncia, y llegar á ser Madre del Altísimo.

Empero, si son bellas todas las fiestas que la Iglesia celebra durante el año á gloria de María, más bella debe llamarse la que se solemniza con públicos festejos en este día consagrado á su gloriosa Asuncion al Paraiso. Este es el día á que referimos todos los demás, y todas las otras fiestas deben considerarse como preparativos para la grandísima festividad de este día, puesto que la religion hoy nos presenta á María en las sendas de las altas regiones, donde el más límpido cielo toma el color de záfiro, en medio de una nube de flores, con mil espíritus al rededor prontos á cumplir sus indicaciones. En efecto; María, de estrella en estrella, de astro en astro y de esfera en esfera, sube aclamada primogénita en el orden de la naturaleza, de la gracia y de la gloria; y es coronada por el Dios de la natura-